



BOLETIN DEL CLERO

DEL

Obispado de Leon.

Continúa la lista de las limosnas remitidas para las Misiones de Africa.

Rs. MRS.

SUMA ANTERIOR. . . 27.938 23

El párroco de S. Martin del Valle, por el producto de media carga de centeno que ofreció el vecindario. . . 40 6

El párroco y vecinos de S. Cipriano del Condado. . . 94

El de Villasabariego. . . 21

El de Moratinos. . . 15 16

TOTAL. . . 28.129 13

Leon 27 de Noviembre de 1839.

—Miguel Zorita Arias.

¡¡AL ÁFRICA!! Y ¡GLORIA Á DIOS!

IMITACION ORIENTAL.

¡Gloria á Dios! El Leon de Castilla ha sacudido su melena; el desierto se ha estremecido al escuchar su rugido; y el Africa vá á ser presa de sus garras, como reptil inmundo que se atrevió á lanzar su baba á la faz del mas noble de los pueblos.

Dormido, mas que fatigado, por no presenciar nuestras luchas intestinas, yacía hace mas de cinco lustros á los piés de la madre patria, y al sentir el llamamiento de la que Dios encomendó á su valor, levanta su cabeza, empuña la Cruz de Jesu-

cristo, y convida con la paz á los que á guerra nos provocaron.

La barbarie musulmana atribuyó á debilidad lo que era exceso de heroismo; y alzándose el antiguo Rey de las monarquías con toda la magestad de su fuerza, toma la espada, que en ocasion no menos solemne dió á los Pelayos, á los Alfonsos, á los Cides, á los Fernandos, á los Gonzalos y Cisneros, y mostrándola radiante de gloria y tinta en la sangre de millares de Muslimes, convoca á los hijos de Castilla, y les grita.

—Hijos de la Cruz, vuestros enemigos de siete siglos os provocan y os insultan.

¿Hay aún en Castilla herederos del valor de los que combatieron siete siglos?

Y Castilla que se abrasaba en guerras de partido, y Castilla á quien sus enemigos creyeron muerta para el patriotismo y viva solo para la política, alzó su voz, que fué la voz de 16 millones de almas, voz que reanimó á nuestros padres en sus sepulcros con la santa alegría del que resucita, y dijo.

—Todos somos hijos de cristianos y españoles, nuestra sangre es la sangre de sus venas, nuestras armas son sus armas,

nuestro pendon es la Cruz, nuestro escudo el escapulario de María. *Santiago y Cierra España* será nuestro grito de guerra:

¡Al Africa! ¡al Africa!!! y gloria á Dios! que matando en nuestros corazones el espíritu de division vuelve á comunicarnos el ardor primitivo de todo por Dios, por el rey y para la patria.

El Leon de Castilla rugió rugido de guerra, y fué á poner la espada de la defensa de la patria en las manos de su Reina.

Y la dijo. Tomad, Señora; esta es la espada que nunca fué vencida: yo la entregué á mis reyes para que vencieran en las Navas, en Toledo, en Sevilla, en Granada, en Otumba, en Lepanto y en Oran; ella fué en los combates como el rayo de las nubes; sus enemigos la llamaron la madre de la muerte; yo la reservé mientras vuestros hijos se destrozaban en disensiones; tomadla, Señora, ahora que de ella necesitais contra estraños, y ella será el rayo de las guerras, y el brillante sol de las claridades de los triunfos.

Ahora, Señora, como siempre, dadla temple nuevo con el fuego sacrosanto de la religion; y ahora como siempre ponedla

en manos de un caudillo que sea digno sucesor de los Cides, de los Córdobas y de los Cisneros.

Y la Reina tomó en sus manos la espada de la defensa de la patria.

Y postrada de hinojos besó su cruz, exclamando con los ojos levantados al Cielo.

Bendecidla, Señor, como en Granada cuando os la ofreció la Isabel I. Yo, Señor, soy sucesora suya: y cumpliré su testamento; y haré que el África sea adoradora de la Cruz de Jesucristo, y la daré su civilización, que es la civilización que engendra la paz y la ventura.

Dadme, Señor, un gran Capitán, como el que disteis á Isabel I.

Y la Reina puso la espada en el altar de sus postraciones junto al árbol de la Cruz.

Y oró con fé.

Y caían de sus ojos lágrimas de fuego, que hacia brotar su confianza en Dios cuya protección invocaba, y su amor á la patria, entre cuyos hijos buscaba un caudillo digno de acometer y realizar la mayor de las empresas.

Y dirigiéndose á su pueblo, dijo:

¿Quién de vosotros se atreve á tomar la espada de la defensa de la religion y de la patria?

Y se oyó una voz que dijo: — «Yo, Señora, que soy vuestro primer Ministro, no debo ser mas que vuestro último soldado. Tomad, Señora, las insignias de honor y de mando que debí á vuestra liberalidad, y dadme el honroso uniforme y la terrible arma del último soldado.»

En España son héroes todos sus soldados y hoy quieren ser soldados todos sus hijos.

La ternura de las madres se ha convertido en alegría entusiasta, y al despedir á sus hijos para la guerra no lo harían, Señora, con lágrimas de sentimiento, sino con lágrimas que hará brotar el amor á Dios, al Rey y á la patria á cuya defensa los consagran con el valor del heroísmo. Elegid, Señora, que todos seguiremos al caudillo que nos deis.

Y vino á los ojos de la Reina luz de divinos resplandores. Y puso la espada de la defensa de la patria en manos de su primer Ministro, diciéndole:

En esa espada te entrego el entusiasmo religioso monár-

quico de 16 millones de almas.

Si necesitas de tesoros, toma las llaves de los mios, toma las joyas y las preseas de mi magestad, Dios me las dió para su gloria y la felicidad de mis hijos. Empléalas en obsequio suyo, y marcha en el nombre de Dios.

Ante esa Cruz que santificó la espada que te doy, lloraré para implorar los auxilios del Dios de las batallas.

Y anuncia á mis soldados, que al volver vencedores, pondré sobre sus cabezas para premio de su heroismo en vez de guirnaldas, estas manos que ahora levanto suplicantes para que Dios sea su escudo y su defensa.

Caudillo de la religion y de la patria, marcha en el nombre de Dios.

Y el caudillo postró su rodilla en tierra, y adoró á la Cruz del Salvador, y besó las manos de su Reina.

Y de aquellos ojos que no turbaron ni las conmociones populares, ni el estruendo de los combates, corrieron dos lágrimas que hizo brotar el fuego de la lealtad y de la fé.

Y el ejército y el pueblo

acogieron la eleccion del caudillo con gritos de ¡Gloria á Dios! ¡Viva la Reina! ¡Viva el caudillo!

Y este será el principio de la nueva era de la felicidad de la patria por el amor á Dios y á la Reina, por el valor y virtudes de sus hijos y por la union de todos los españoles.

Bendigamos á Dios, porque reservó á este suceso un designio providencial.

Lancemos de nuestro lado á quien no acate los designios del Señor.

Fuera, quien no abrigue sentimientos de lealtad.

Fuera, quien no sacrifique en aras de la religion y de la patria sus pasiones, sus enemistades, su emulacion, sus ambiciones y sus envidias.

Fuera, quien dude ó quien vacile ante la actitud heróica de la España.

Fuera, quien obstáculos oponga á la mayor de las empresas.

Fuera los émulos y envidiosos.

¡Abajo! la política de los conciliábulos y de las oposiciones sistemáticas.

Plaza á Dios, á la Reina, á la patria, á su caudillo y al ejército,

Ya vemos llegar el gran día en que ha de renacer la preponderancia española.

¡Ah! si llegará. Gloria á Dios!

Dios bendice á la Reina, á sus soldados y á su pueblo.

La imagen de María vá estampada en las banderas del ejército.

El soldado la lleva en su corazón; María será para nosotros en Africa la que fué en las Navas, en Lepanto y en Oran.

¡Al Africa! y ¡gloria á Dios!

Y si hubiera quien quisiera detenernos en los caminos inmensos de nuestras glorias, á él iremos, y contra él y contra ciento más, alcanzaremos la corona de los triunfos.

Volvieron ya para la patria los antiguos días del entusiasmo monárquico religioso.

¡Oh Dios mio! Sed siempre en nuestra ayuda! ¡haced que nada quede ya para España, para Africa y para el mundo mas que la union por el amor y por la santa influencia de las doctrinas siempre triunfantes de la Cruz de Jesucristo.

¡Al Africa, Leones de Castilla, y gloria á Dios!

Y vos caudillo ilustre y afortunado á quien la provi-

dencia abre inmensos horizontes, que á nadie señaló en el espacio de cinco siglos; vos, á quien la patria aclama ya con los himnos debidos á los héroes, vos en quien la religion y la monarquía hallaron á su venturoso campeón, vos á quien el ejército, el pueblo y el clero saludan con las vivas del entusiasmo, con las aclamaciones de la admiracion y con las saluciones y preces de los tesoros religiosos; vos, Señor, estais llamado á ser el grande entre los grandes.

¡Al Africa! y gloria á Dios.

¡Al Africa! á vindicar el honor de Castilla.

¡Al Africa! á dilatar las glorias de la Reina y de la patria!

¡Al Africa! á derribar el imperio de la media luna!

¡Al Africa! á extinguir la barbarie y el fanatismo.

¡Al Africa! á plantar la Cruz de la civilizacion mas fecunda, á estender los dominios de la doctrina católica.

Dios inspiró vuestra eleccion.

Os siguen millares de héroes.

El rico y el pobre os brindan con su sangre y sus tesoros.

Os acompañan los leones de Castilla!

En vuestra mano está la espada de las glorias de la patria.

El árbol de la Cruz os cubre y á vuestros soldados con su sombra prodigiosa.

La victoria es vuestra.

¡Gloria á Dios, que inspiró á la Reina la eleccion de su caudillo!

¡Gloria á Dios cuyo brazo es escudo de su ejército!

¡Gloria á Dios, que encendió en todos los corazones el fuego santo del antiguo entusiasmo monárquico religioso.

¡Gloria á Dios, porque nos dará la victoria!

Gloria á la Reina, porque por la gracia de Dios y por el valor del ejército, será la Reina de la gran restauracion española.

Gloria al ejército y al pueblo, porque con su valor y virtudes cantará el himno de la unidad mas gloriosa por la santa influencia de la Cruz y de la espada.

Gloria al caudillo que manteniendo los partidos y la política de agitaciones, resucita en dos corazones la union de las voluntades, y que es la mayor de las conquistas.

Gloria á Dios, á la Reina, á la patria y á María, porque en el dia de la Concepcion Inmaculada ondeará sobre los torreones del Africa el pendon de Castilla, y sobre sus mezquitas la Cruz de Jesucristo. =
Leon Carbonero y Sol.

CONFERENCIAS

PREDICADAS POR EL R. P. FELIX,
JESUITA, EN LA CUARESMA
DE 1858.

(CONTINUACION.)

En el siglo XIX debia realizarse un progreso; pero por un procedimiento diametralmente opuesto al que ha seguido el cristianismo hasta aquí. Se dice que el cristianismo tiene el imperdonable defecto de ultrajar á la naturaleza y de esterminar la carne; y que las austeridades de los santos precipitan nuestra decadencia. En esto consiste el mal de nuestro tiempo, y ya ha llegado la hora de combatirlo. Es necesario apresurarse á detener á las muchas lumbres á quienes el cristianismo impone aun el exceso de los ayunos, de las abs-

linencias y maceraciones: es necesario curar por el encanto olvidado de la vida de los sentidos, ese gusto depravado que conservan los cristianos por los goces del Calvario, y sobre todo, es indispensable que todos los hombres y todas las mugeres libres ó que aspiran á serlo, formen una grande y fraternal conspiracion contra esta tiranía que el cristianismo ejerce tan injustamente hace 18 siglos sobre los hollados derechos del cuerpo y de la carne. El cristianismo es seguramente una gran religion, y no es posible dejar de conocer el principio de amor que es el fondo de su vida, la sublimidad de su moral, el poder de su unidad y el órden espléndido de su gerarquía.

Tambien se llega, señores, hasta el consentimiento de admitir la mayor parte de sus dogmas; salvo el derecho que se atribuyen de explicarlos ó reformarlos notablemente, se reconoce no hay doctrina mas completa, ni institucion mas fuerte que la doctrina y la institucion del Catolicismo, y se consiente en no destruirlo enteramente y se le exigen concesiones, no solamente en el órden dogmá-

tico, sino en el moral, y se le pide disminuya un poco su severidad cristiana; se le suplica sea mas condescendiente con la carne, y se le dice. «Ten un poco de piedad con nuestra propia carne humana. Hace 18 siglos que la tienes cautiva, y ya ha sonado la hora de su rescate. Nosotros proclamamos los derechos de la carne, nosotros pedimos como prenda del progreso del porvenir, en la sociedad, la igualdad del soberano y los súbditos: en la familia, la igualdad del hombre y de la muger: y en el hombre, la igualdad de la carne y del espíritu; y nosotros levantamos sobre nuestras cabezas esta bandera generosa que debe guiar á los pueblos para la conquista del progreso: *Rehabilitacion de la carne* »

Tal es la doctrina que hizo en otro tiempo mucho ruido, haciendo poco mal, y que hace hoy mucho mal, haciendo poco ruido. Esta doctrina circula, se estiende y corroe como un cancer las almas enmuellecidas, abiertas de antemano á las enseñanzas malélicas. Del fondo de sus fórmulas confusas, siempre se desprende una misma cosa, la carne, libertad de la car-

ne, igualdad del espíritu y de la carne, armonía del espíritu y de la carne, derechos de la carne, dignidad de la carne, rehabilitación de la carne, la carne y siempre la carne. Para nada, sea lo que quiera, hay mas respetos, mas consideraciones, mas solicitud, mas amor, ni maldenuncia. ¿Quién creerá, señores, que esta doctrina tan aduladora de la carne ha descendido de las alturas de la metafísica? Nada es sin embargo mas cierto: á través de esta moral tan buena para los débiles, tan fácil para las pasiones y en que se siente la influencia de los soplos de la voluptuosidad, el panteísmo deja caer su mirada. La igualdad práctica de la carne y del espíritu, no es mas que un corolario de su dogma fundamental. Efectivamente; el espíritu y la carne, en la doctrina panteísta, son las dos grandes manifestaciones de la Escritura divina en la naturaleza humana: una y otra tienen en el hombre su mas alta, su mas completa expresión. Desde entonces, la una es tan legítima como la otra; los derechos del espíritu y de la carne tienen en su divinidad común la razón de su igual legitimidad. Los instintos y las

tendencias del espíritu se dirigen al mundo inteligible. Los instintos y las tendencias de la carne se dirigen al mundo material. Según esa doctrina, el mundo inteligible es Dios, y el mundo material, también es Dios. Y siendo así ¿por qué Dios ha de oprimir á Dios? ¿por qué una lucha, un antagonismo, una dependencia entre lo divino y lo divino? ¿por qué los derechos de la carne, que es también divina, en esa escuela, han de ser inmolados en holocausto á la divinidad del espíritu? Ya lo veis, Señores; de las cumbres de la ortología panteísta á las profundidades de esa moral epicúrea, no hay mas distancia que la de dos silogismos.

Vosotros, Señores, quisierais acaso que la esposición de estas doctrinas fuera acompañada de nombres propios, aunque no fuera mas que para dar á los maestros ó á los discípulos el derecho de reclamar; pero yo no lo haré de modo alguno. Yo me limito á las ideas, no á las personas, y no importan á la cuestión los nombres con que estos errores se señalen...

Los propagadores de esta

idea no cuentan para nada con la caída original; porque la idea ó su doctrina, exige por sí misma para sostenerse, que no exista el pecado original; pero de cualquier modo que consideren á Adán y al Eden, nuestra vida actual no es un mito; yo no soy para vosotros un mito; vosotros tampoco lo sois para mí, y vosotros y yo, todos llevamos un espíritu que se reconoce encadenado á una carne que se siente. Pues bien; de cualquier causa que esto pro-yenga, es un hecho cuyo conocimiento es para nosotros tan infalible como el sentimiento de la vida; esta carne á que se desea dar libertad y restablecer, es una carne que se subleva y que tiene exigencias insolentes. El cuerpo humano es un egoísta y un rebelde; los egoístas y los rebeldes de todos tiempos y de todas condiciones, exageran sus necesidades y pretenden que sus necesidades son derechos. ¿Quién no vé, Señores, que pedir rehabilitaciones para esta insolente esclava, que merece castigos, es burlarse solemnemente del buen sentido del género humano? Ah! en lugar de culpar al espíritu por su tiranía sobre la

carne, es necesario culpar á la carne por sus rebeldías contra el espíritu, porque, sabedlo y entendedlo bien, vosotros, los que habláis de progreso: si el hombre se degrada, no es por conservar en su fuerza el imperio del espíritu, es por mostrarse demasiado débil ante las rebeliones de la carne.

Vosotros queréis anonadar en el hombre el despotismo del espíritu y aspiráis á la libertad de la carne, á la libre expansión de la carne. Ensayad con ese principio la educación de un niño, ensayad la educación de un pueblo: ¿sabeis lo que haríais en ese niño y en ese pueblo? conducirlos á ambos á la degradacion, ya que no á la destruccion. Abandonad á un niño á las exigencias de su cuerpo; dejadle libre de las represiones del espíritu á la libre expansión de su carne: ¿qué sucederá? que se degradará, que se enervará y se destruirá á sí mismo.

El animal se detiene por la fuerza del instinto en el límite de lo necesario; el niño traspasará ese límite; hará que su espíritu contribuya á la ruina de su cuerpo y uniendo á las groseras satisfacciones de la car-

ne, la inmensidad naciente de sus deseos, romperá ese débil instrumento, muy fuerte para suscitarlas y muy débil para saciarlas. Si lo dudais, preguntad á los que saben, preguntad á los discípulos de Hipócrates, que han retenido la leccion del maestro, lo que puede llegar á ser un niño entregado á esa educacion homicida, que rehabilitando la carne se precia de engrandecer á la humanidad. ¿Imaginais, señores, lo que llegaria á ser un pueblo, que marchase á su progreso bajo esta bandera de ignominia, *rehabilitacion de la carne?* ¡Ah! lo que llegaria á ser, yo no me atreveré á decirlo; pero por muy grande que fuera, marcharia con paso precipitado adonde han ido y adonde irán para siempre todos los pueblos que practican esta fórmula... al estado salvaje, á la barbarie al menos. Porque, no lo dudeis; la rehabilitacion de la carne, si llegára á hacerse, llevaria al hombre á la destitucion del espíritu. ¿Y qué otra cosa es la destitucion del espíritu, la decadencia del alma, en la naturaleza humana? Todo responde, que es el estado salvaje, el estado bárbaro. En los hombres como en los

pueblos, cuanto mas se dilata el reino de la carne, tanto mas se reduce el reino del espíritu. Ese equilibrio perfecto, esa igualdad armónica del espíritu y de la carne, ese mentís dado al cristianismo, no se parece á nada mas que al que dan en la historia los sistemas humanitarios, que no tienen ni aun el mérito vulgar de conocer un poco á la humanidad.

Pero prescindamos, Señores, por un momento de lo que atañe á la humanidad en general, y aplicando nuestras doctrinas á las necesidades de nuestro siglo, preguntemos á la humanidad contemporánea, tal y como se nos presenta, si es esa doctrina la que nos puede salvar, y si puede ser para nosotros esa bandera una bandera de progreso.

¡Ah, Señores! cuando considero lo que pasa en derredor nuestro, hoy que el cristianismo arrastrando aun tras sí á la humanidad generosa, conserva tan firme y tan elevado en medio de las naciones, el imperio del espíritu, no puedo menos de preguntarme lo que sucederia, si desapareciendo ese gran imperio del espíritu con todos los que le aceptan, nada quedara en me-

dio de nosotros para hacer marchar á la humanidad por las vías de sus progresos, mas que el imperio de la carne y los que se proclaman súbditos suyos. Yo os ruego que me digais donde está en este momento en que os dirijo la palabra, en Francia y en toda la Europa, el peligro de la humanidad y la causa de su decadencia. Se invoca la represion del imperio del espíritu y la dilatacion del imperio de la carne; pero ¿es porque hoy reina demasiado el espíritu sobre las muchedumbres, y porque la carne no reina bastante? ¿estan demasiado reconocidos los derechos del espíritu y demasiado olvidados los derechos de la carne? Pues qué ¿está el espíritu demasiado exaltado y la carne demasiado humillada? ¿Y en esto consiste nuestro peligro? ¿y lo que amenaza corrompernos, perdernos y degradarnos, es el exceso de nuestros ayunos, de nuestras abstinencias, de nuestras flagelaciones, y de todas nuestras austeridades? ¿y el peligro de nuestro siglo está en vuestros cilicios, en vuestras disciplinas, y en todos esos terribles instrumentos con que vuestro lúgubre ascetisismo flajela, ator-

menta y abate vuestros cuerpos? ¡Ah! no lo creais; vuestra sonrisa al escuchar estas palabras, me dice bastante, que vosotros del mismo modo que yo, conoceis que el peligro está en otra parte. Lo que nos amenaza, no es, en verdad, el exceso de austeridad cristiana, es su ausencia lo que pierde á la humanidad de nuestros días no es el reino exagerado del espíritu, es la dominacion inmoderada de la carne. Alrededor de mí encuentro cuerpos destrozados y encorvados antes de tiempo ¿pero quien los ha encorvado? encuentro vidas caducas, y marchitas prematuramente, ¿pero quién las ha marchitado? ¿quién las ha inferido el oprobio de una caducidad precoz. Yo veo rostros pálidos y demacrados en la primavera de la vida; ¿de dónde proviene esa palidez? ¿cuál es la causa de esa demacracion? es el exceso de la penitencia ó el exceso de las dissipaciones? ¡quizás! y entre esos seres destruidos y desfigurados, que caen del teatro del mundo al seno de los hospitales centro de todos los dolores ¿cuántos son los que han caido arruinados por el exceso de la austeridad cristiana? Ni uno solo.

¿Cuántos son los que han caído por el exceso de la voluptuosidad y de la disipación paganas? ¡Ah Señores! yo no me atrevo á responder; ¡y aun se cree que no es bastante grande ese imperio de la carne, que señala su paso en la vida por ultrages irreparables y algunas veces con manchas indelébles de decadencia y de oprobio! ¡Y aun hay quien se atreva á pedir para la carne nuevos derechos, nuevas rehabilitaciones y un nuevo imperio.

¡Ah, Señores! los derechos de la carne no solo están bastante reconocidos, sino que lo están demasiado; lo que se viola, lo que se ultraja hoy, es el espíritu, ó sus derechos y prerogativas, la carne está halagada, acariciada y adulada; la carne está adornada, embellecida y perfumada, y permitidnos esta palabra familiar, la carne está como guardada en conserva. Pero no es esto todo; la carne está hoy exaltada, glorificada y cantada; sin que nada la falte para restituirnos al paganismo, mas que el que se haga adorar, y hay tambien quienes la adoran. Sí, la carne está enaltecida, y encuentra adoradores despues de diez y ocho siglos de

cristianismo, en un mundo cuyas costumbres yo no puedo pintar.

Aun aquellos mismos, que reconocen con el reino del verdadero cristianismo, el reino del espíritu, son humildísimos y sumisos servidores de la carne. Hay un mundo cristiano que tiene horror á la austeridad cristiana; la molície de nuestro tiempo se hace traición á sí misma de todos modos y maneras. En Paris se destinan tres meses para placeres, á fiestas, á espectáculos, á bailes, á danzas y á festines, todo para mas honrar la carne, todo para mas satisfacer sus exigencias. Otros tres meses se emplean en restaurar con las brisas de las playas y en sumergir en las olas del mar, una carne enmuellecida por la atmósfera de los placeres y conmovida por el contacto de los goces de la tierra. Otros tres meses se emplean en buscar, como las aves que huyen del aquilon, soles cálidos y climas sin rigores; y el resto del año se pasa en no hacer nada, meciendo su pereza en la cima de los goces ó aislándose en el retiro de la propia morada para preservarse de la injuria de las escarchas. Tal es

Señores, la órbita afortunada en que hace su revolucion anual la vida contemporánea de muchas gentes; primavera eterna en que todo está arreglado, no por la providencia de Dios, sino por la molición de los hombres, para que el cuerpo no encuentre ni una privación que le aflija, ni un viento que le hiera.

Después de tantas atenciones, invenciones é industrias, imaginadas por el espíritu del siglo, para conservar al cuerpo su savia, su flor, su belleza y su fuerza, viene la austera cuaresma, con sus rigores siempre mas dulcificados. Todos los cuerpos son demasiado débiles para soportar el peso del ayuno, pero hay una minoría bastante robusta, que aceptando este peso, aparece ante nuestro siglo como una especie de raza atlética y su austeridad es una virtud heroica que el vulgo de los cristianos no puede imitar, ¡Oh progreso! Y en tanto que en las enervaciones de la carne el ayuno desaparece todos los dias, ¿qué llega á ser la abstinencia? En otro tiempo, cuando estaba en su vigor la austeridad cristiana, bastaban los vegetales para prolongar la

vida hasta los setenta años, y á nadie se ocurrió la idea de que el comer carne de animales fuese en el hombre una condición de vitalidad. ¡Oh tiempos! ¡oh costumbres! La Iglesia Católica imponiendo durante el año una ley de mortificación, dice á sus hijos: «En dos dias de la semana no comerás carne de animales» y hay sitios en que el progreso del siglo ha marchado mas, reduciendo á un solo dia la ley de la abstinencia. ¡No comer carne en un solo dia de los siete de la semana! La Iglesia Católica se atreve á mandarlo: pero nuestro siglo no se atreve á cumplirlo, y responde. «Eso es imposible.» Id á ver á los cristianos colocados el viernes al rededor de la mesa á que vienen á sentarse los que no reconocen la obligación de honrar con su abstinencia la memoria de su Dios Crucificado, ¡qué irrisión de la ley de la Iglesia y de la Pasion de Jesucristo! La prevaricación de tal modo está erigida en hecho universal, que ni aun se tiene en cuenta la posibilidad de una excepcion.

(Se continuará.)

ADMINISTRACION ECONOMICA

DEL OBISPADO DE LEON.

A pesar de lo avanzado de la época y del recuerdo que se hizo á los colectores de los sumarios correspondientes á la predicacion de 1859, son pocos los que hasta el dia han satisfecho el importe de los mismos. En la necesidad de activar la recaudacion de esta renta, se hace preciso que los encargados de satisfacerla, se apresuren á verificarlo en el término de diez dias, si quieren evitar toda medida coercitiva, que me verá obligado á dirigir contra los que desatiendan este recuerdo, por mas que me sea sensible hacerlo.

La Administracion espera del celo de los Sres. Curas Párrocos y Ecónomos que en obsequio de sus feligreses les darán desde luego conocimiento de este aviso, procurando hagan efectivos sus débitos dentro del término que se les señala.

Leon 26 de Noviembre de 1859.

—Isidro Llamazares.

(Continúa)

PARTES TELEGRÁFICOS.

MINISTERIO DE LA GUERRA.

El General en Gefe del ejército de Africa desde Cadiz en despacho telegráfico del 19 á las seis y nueve minutos de la tarde, dice á este Ministerio lo que sigue:

«El General en Gefe del primer cuerpo, en telegrama de hoy á las ocho de la mañana, me dice desde el campamento del Serrallo lo siguiente:

«Me he posesionado de este punto, que se está atrincherando. La operacion se ha retardado porque el estado de la mar desde el principio de la noche impidió que las tropas desembarcasen con la celeridad que yo me habia prometido: he hecho mis reconocimientos á todas las alturas que domina el Serrallo, y me ocupó de elegir las que haya de atrincherar. En el corto fuego que han hecho los moros hemos tenido un herido. No han presentado fuerzas: solo se han visto algunos grupos que se han ido retirando á proporcion que las guerrillas avanzaban.

«Es cuanto en este momento tengo el honor de decir á V. E.»

Y lo trasladará V. E. para conocimiento de S. M.

Cádiz 21. El General en Jefe del ejército de Africa al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra. — El General, Jefe del primer cuerpo de ejército, á las siete y cincuenta minutos de la mañana participa que, en el reconocimiento verificado hoy sobre el camino de Tetuan, se ha encontrado una partida de seiscientos bombas próximamente, en estado de servicio, habiendo dispuesto que sean conducidas por mar á la plaza de Ceuta.

El General en Jefe del ejército de Africa al excelentísimo señor ministro de la Guerra:

Cádiz 21 de noviembre. El General Echagüe continua en su cuartel General del Serrallo. — Sobre una altura que lo domina se está construyendo un reducto, y en el día de ayer se sostuvo allí una pequeña escaramuza, en la que hemos rechazado al enemigo.

Cádiz 21. El General en Jefe del ejército de Africa al Excmo. señor ministro de la Guerra. — El temporal continúa y tiene paralizadas todas las operaciones. Según noticias que recibo del Campo de Gibraltar, ha llegado allí el general de Marina Herrera; pero está casi incomunicado con la plaza por la mucha mar.

Cádiz 26 á las dos y 47 de la tarde. — El General en Jefe del ejército de Africa al Excmo. Señor Ministro de la Guerra.

El primer cuerpo del ejército de Africa ha inaugurado la campaña de una manera brillante, como verá V. E. por el siguiente parte que me manda:

Cuartel general del Serrallo, 23 de Noviembre de 1859.

Los partes que recibía esta mañana del vigia del Hacho, comunicados por el Gobernador de Ceuta, me daban noticias de que iban reuniéndose al frente del reducto á vanguardia de este cuartel general más de 4.000 moros: en el momento dispuse que el Brigadier Sandoval,

con el regimiento de Borbon y una batería de montaña, se colocasen en el boquete que media entre dicho reducto y la casa del Renegado; esta disposicion se efectuó tan á tiempo, que el enemigo fué rechazado del intento de interponerse entre el reducto y el cuartel general, distinguiéndose dicho Brigadier y el regimiento de Borbon, que cargó bizarramente dos veces; al mismo tiempo me dirigí yo con dos batallones á aquel punto porque comprendí que era de mayor interés, como así ha sucedido; la brigada de vanguardia al mando del Brigadier Lasansaye, se batia en esta ocasion por la izquierda del reducto con el mismo brillante éxito; la pérdida de mis tropas es hoy de mayor consideracion que las de otros dias: la de los moros ha sido considerable, pues han dejado el campo sembrado de cadáveres.

Entré tanto que elevo á V. E. el parte detallado, recomendando el entusiasmo y valor con que se han conducido estas tropas y á todos los Ayudantes y Oficiales á mis órdenes, al Jefe de E. M. y Oficiales del mismo cuerpo que han secundado todas mis disposiciones en medio del fuego. El General Gasset me ha secun-

dado en todo con el acierto é interés que le distingue.

Lo traslado á V. E. para su conocimiento, y que llegue á noticia de S. M.

Cádiz 27.—El Gobernador al Excmo. Sr. Ministro de la Gobernacion.—Anoche á las diez se ha embarcado en el vapor *Vulcano*, con direccion á Ceuta, el General Jefe del ejército de Africa: la primera division del segundo cuerpo de ejército, embarcada ya á bordo de siete vapores, levó anclas en la misma direccion una hora despues. Queda aquí el Capitan general del distrito, encargado de disponer el embarque del material y resto de las tropas del ejército.

Madrid 28 de noviembre.—El general Echagüe salió herido en la accion del 25 en la mano derecha. Segun parte de Algeciras de hoy, estaba mejor, y se anunciaba que iba á volver á ponerse al frente de sus tropas.